mala. Mas acaecióle al reves, porque pudieron mas las persuasiones del Fr. Pedro para hacerle quedar allí en su compañía. Y desde á poco tiempo se les juntó otro compañero, llamado Fr. Juan Pizarro, de la provincia de S. Miguel, que habiendo estado algunos años en Yucatan, por ciertas mohinas que tuvo con el gobernador, se fué en seguimiento de Fr. Lorenzo, que era el que mas habia sustentado aquello de Yucatan. Estando, pues, estos cinco religiosos ocupados en aquella obra, pareciéndole á Fr. Lorenzo de Bienvenida que para lo mucho que allí habia que desmontar eran pocos los obreros, embarcóse para España, donde recogidos treinta frailes, volvió con ellos á Costarica, que es del obispado de Nicaragua, para donde fué luego proveido por obispo el padre Fr. Antonio de Zayas, de la misma órden franciscana, de la provincia del Andalucía. El obispo procuró otros treinta frailes de la mesma provincia, y por su comisario á Fr. Pedro Ortiz, y alcanzó del padre Francisco de Guzman, que á la sazon era comisario general de Indias, que de los frailes que llevaba Fr. Pedro Ortiz en su compañía y de los que estaban en Costarica, se hiciese una provincia que se intitulase de S. Jorge, y el comisario lo concedió por entonces, que era el año
1575. de setenta y cinco. Mas porque no bastaba esta ereccion de prelado particular sin la autoridad del capítulo general, despues en el que se
1579. celebró en Paris, año de setenta y nueve, se confirmó en provincia de S. Jorge, con número de doce conventos.

CAPÍTULO X.

De las jornadas y misiones que á los principios se hicieron para descubrir nuevas gentes. Y cómo el Señor no permitió que alguno de los doce se emplease en otra parte.

Despues que el siervo de Dios Fr. Martin de Valencia hubo predicado y enseñado, juntamente con sus compañeros, la palabra de Dios en México y en las provincias sus comarcanas por espacio
Luc. 4 et 8. de ocho años, quiso, á ejemplo de nuestro Redentor, ir á otras ciudades y tierras á predicar y enseñar su santo Evangelio. Y como fuese prelado, dejó en su lugar un comisario, y de sus compañeros
Misiones en descubrimiento de nuevas gentes. y de otros que de España habian venido en su busca, tomó ocho compañeros, y con ellos fué á Teuantepeque, puerto en el mar del sur, que dista de México mas de cien leguas, para allí se embarcar y ir adelante; porque siempre tuvo como cosa cierta el varon santo

que habia otras muchas gentes que descubrir por la mar del sur. Y para este viaje que tanto deseaba, el marques del Valle le habia prometido navíos que le pusiesen á él y á sus compañeros por la derrota que su espíritu le dictaba, adonde Dios los guiase, y allí libremente predicasen el Evangelio de Jesucristo, sin preceder conquista por medio de armas. Estuvo en Teuantepeque esperando los navíos siete meses, que para aquel tiempo habian quedado los maestros de darlos acabados, y para mejor cumplir su palabra, el marques desde su villa de Cuernavaca (á do era su continua residencia, que está once leguas de México), fué en persona á Teuantepeque al despacho de los navíos. Mas con toda la diligencia que él pudo poner, no se acabaron en aquel tiempo, porque en esta tierra con mucha dificultad y costa y muy á la larga se echan los navíos á la mar. Parece que aun no era llegado el tiempo que aquellas gentes se descubriesen. Ni tampoco quiso Dios que faltase la presencia de tal padre á estas plantas tan tiernas en la fe. Ni quiso (como luego lo diremos) que de los doce que él habia escogido para principio y fundamento de esta conversion, alguno de ellos se ocupase en otra empresa. Pues viendo el siervo de Dios Fr. Martin, que los navíos le faltaban, y que el capítulo de la custodia se acercaba (para el cual él tuvo entendido que seria de vuelta, dejada ya descubierta otra gente), volvióse á México, dejando allí tres de sus compañeros para que acabados los navíos fuesen en ellos á descubrir. En el tiempo que el bendito padre se detuvo en Teuantepeque no estuvo ocioso él ni sus compañeros, sino que demas de su acostumbrado ejercicio de la oracion (en que entonces mas que nunca se ocuparon, aparejando sus ánimas al Señor y pidiéndole cumpliese en ellos su divino beneplácito), tambien ayudaron á los naturales de aquella comarca, predicándoles por toda ella, y volviéndoles en su propria lengua (que llaman zapoteca) la doctrina que les enseñaban. Y lo mismo hicieron á la ida en todos los pueblos por do pasaban. Y entre los demas pasaron por uno, llamado Mictlan, que quiere decir infierno ó lugar de muertos, á do hubo en tiempos pasados (segun hallaron las muestras) edificios mas notables y de ver que en otra parte de la Nueva España. Habia un templo del
Edificios notables hubo en la Nueva España. demonio y aposentos de sus ministros, maravillosa cosa á la vista, en especial una sala como de artesones, y la obra era labrada de piedra de muchos lazos y labores. Habia en el templo muchas portadas, cada una de tres piezas grandes, una pieza de una parte y otra de la otra, y otra en lo alto. Eran tan gruesas y tan anchas,

que en pocas partes de España se hallarán otras tales. Hay en aquellos aposentos una sala que los pilares de ella son redondos, y cada uno por sí de una pieza, y tan gruesos, que dos hombres abrazados á ellos apenas tocan con las puntas de los dedos. Serian de cinco brazas en alto con lo que decian estar debajo de tierra, semejables á los que dicen están en Roma en el portal de Santa María la Redonda. Cosa era maravillosa lo que el santo varon Fr. Martin de Valencia anhelaba y deseaba el descubrimiento de la China, puesto que entonces aun no habia noticia de ella, sino que en espíritu le estaba revelada. Y derramando muchas lágrimas encomendaba continuamente á Nuestro Señor este negocio, suplicándole tuviese por bien de descubrir aquellos gentiles y traerlos al conocimiento de su santo Nombre, encorporándolos en el gremio de su Iglesia. Decia, tratando de esto espiritualmente, que aquellas gentes que estaban por descubrir, serian mas hermosas y de mas habilidad que estas de la Nueva España. Á estos comparaba á Lia y á los otros á Raquel. Decia más, que si Dios le diese vida, estaba aparejado en su vejez para emplear otros diez años con aquellas gentes, como habia hecho con estas. Y este su ferviente deseo no perdió su mérito ante el acatamiento divino. Empero no quiso el Señor que en tiempo de este su siervo se descubriesen, y fué servido de las descubrir en el nuestro, para los que él tenia diputados y escogidos en ministros de aquella conversion. Considerando muy bien esto un muy íntimo familiar del santo Fr. Martin, despues de su muerte decia, que cuando es la voluntad de Dios que una gente infiel capaz de recibir la fe católica se descubra, para que esto venga á noticia de los fieles cristianos, lo quiere revelar á algunos siervos suyos que lo encomienden mucho al Espíritu Santo, y de ellos venga tambien á noticia de personas hábiles y tales cuales convienen para aquel descubrimiento. Y así con las oraciones de aquellos sus siervos y con la industria de los otros se merezca descubrir la tal gente y tierra. Y que de esta manera (por ventura) quiso Dios revelar á su siervo Fr. Martin de Valencia las gentes que buscaba y deseaba ver, no para que él las viese, sino para que con sus ruegos y de otros sus siervos, las mereciesen descubrir y ver aquellos que ese mismo Dios para ello tiene escogidos y determinado que las descubran y conviertan. Los tres religiosos que dejó en Teuantepeque para que aguardasen los navíos y en ellos fuesen á descubrir tierras, tampoco quiso el Señor que saliesen con su intencion, puesto que era santa y buena. Y seria por ventura (aplicándolo á nuestro

propósito) porque el uno de los tres era de los doce primeros, es á saber, Fr. Martin de la Coruña, ó de Jesus, á quien se habia encomendado el apostolado de Mechuacan. Y (segun parece) sabiendo este padre cómo su caudillo Fr. Martin de Valencia se iba á embarcar en busca de otras nuevas gentes, con el mismo espíritu dejó lo de Michuacan en manos de sus compañeros y vino á México, adonde se acompañó y anduvo esta jornada con el dicho padre, aunque en ella ni en otra que despues intentó no tuvo el beneplácito de Dios, antes le resistió y puso estorbos para que dejase los nuevos designios y volviese á su primero llamamiento, como al fin hubo de volver y acabar la vida en Michoacan. Embarcáronse él y los otros dos en Teuantepeque cuando estuvieron acabados los navíos, y al cabo de algunos dias que navegaron (como iban á tiento y no sabian la derrota que habian de llevar), cansáronse los marineros y tambien ellos mismos, y así los hubieron de echar en tierra en la misma costa de esta Nueva España. No escarmentó de esta el buen Fr. Martin de la Coruña con el fervor de su buen espíritu, sino que quiso probar la segunda vez lo que Dios ordenaba de su persona, y metióse en otros navíos que iban tambien en busca de nuevas tierras, y fueron á parar á una isla donde ni hallaron gente ni que comer, y padecieron mucha hambre, tanto que de ella murieron muchos españoles y indios que llevaban consigo. De suerte que compelidos del gran trabajo y necesidad hubieron de volverse á esta tierra. Otros dos de los doce, Fr. Juan Juarez y Fr. Juan de Palos, lego, determinaron de ir en otra armada que Pánfilo de Narvaez llevaba á la Florida, y sin aprovechar cosa alguna murieron en aquella tierra, tambien de pura hambre, con otro españoles. Otro de los doce, movido con celo de la religion, quiso ir con otros compañeros á la isla Española, y llegados al puerto donde se habian de embarcar, ordenó Dios un estorbo con que no pudo cumplir su viaje, y se volvió. El primero provincial que se eligió despues que de custodia se hizo provincia esta del Santo Evangelio, llamado Fr. García de Cisneros, uno de los doce, estaba determinado de pasar en España, pareciéndole que la obediencia del Sumo Pontífice le obligaba á ir al santo concilio Tridentino, que entonces se comenzaba, por ser prelado principal en esta nueva Iglesia. Y estándose aparejando para hacer este viaje (que por ventura fuera para no volver), fué el Señor servido de atajarlo, llevándolo á su gloria. Fr. Luis de Fuensalida, otro de los doce, despues de haber sido acá custodio, y sabido la lengua de los indios mejor que ninguno de

sus compañeros, se volvió á España con cierto achaque que tomó; mas su intento no fué sino de pasar en África para predicar á los moros y recibir martirio por amor de Jesucristo, como lo procuró luego en llegando allá y tuvo licencia para ello, sino que al tiempo de cumplirla se la hizo revocar Fr. Pedro de Alcántara. Y teniéndole echado el ojo para sacarlo por provincial de su provincia de S. Gabriel, acordó de volver á esta Nueva España con deseo de enterrarse con sus compañeros. Mas esto no le concedió Nuestro Señor (por ventura en pago y castigo de haber dejado su primera vocacion, puesto que lo que él buscaba parecia de mas perfeccion), porque murió en el camino en la isla de San German, donde quedó enterrado, viniendo de vuelta para esta Nueva España.

CAPÍTULO XI.

En que se prosigue la materia de las misiones y jornadas que hicieron algunos de los primeros doce.

ENTRE los prelados de esta provincia, el que mas cuidado tuvo de enviar ministros á predicar el santo Evangelio por este nuevo mundo, fué Fr. Antonio de Ciudad Rodrigo, uno de los doce, que siendo provincial envió frailes por muchas y diversas partes á predicarlo y enseñarlo. En el año de mil y quinientos y treinta y siete, 1537.
recien electo en provincial, envió cinco frailes por la costa del mar del norte, que fueron predicando y enseñando la ley de Dios en las provincias de Guazacualco, Tabasco y Xicalango, hasta llegar á Champoton (como arriba se dijo tratando de la provincia de Yucatan), y en esta mision ó peregrinacion se detuvieron dos años. 1538.
En el de treinta y ocho envió otros tres frailes en unos navíos del marques del Valle que fueron á descubrir por la mar del sur, y dieron en una tierra, que aunque al principio se sonó era muy poblada y rica (como los españoles siempre la desean hallar), despues pareció ser pobre y no muy poblada, y á esta causa la dejaron y se volvieron. Y cuando se descubrió lo de Cíbola, se supo cómo aquella tierra iba á confinar con la Florida, á trechos poblada y fria como la de España. En el mismo año de treinta y ocho envió otros dos frailes por tierra y por la misma costa del mar del sur la vuelta hácia el norte por Jalisco y la Nueva Galicia. Y yendo estos dos frailes acompañados con un capitan, que iba tambien á descubrir

nuevas tierras (aunque con diferentes fines), ya que pasaban la tierra que por aquella parte estaba descubierta, conocida y conquistada, hallaron dos caminos bien abiertos, y el capitan escogió el de la mano derecha, que parecia ir á la tierra adentro, el cual á muy pocas jornadas dió en tan ásperas sierras y peñas, que no pudiendo ir adelante, fué compelido á se volver. De los dos frailes, el uno cayó enfermo y tambien se volvió, y el otro, con dos indios intérpretes, tomó por el camino de la mano izquierda, que iba hácia la costa, hallándolo abierto y seguido, y á pocas jornadas dió en tierra poblada de gente pobre, la cual salió al fraile, teniéndolo y llamándolo mensajero del cielo, y así salian á él á lo tocar y besar el hábito, pensando que habia caido del cielo. Acompañábanlo de jornada en jornada doscientas y trescientas personas, y á las veces cuatrocientas. Y aquellos que lo acompañaban, un poco antes de medio dia iban los mas de ellos á caza de liebres, conejos y venados (de que hay mucha abundancia en aquella tierra), y como ellos se saben dar buena maña, en poco espacio traian mucha comida, y dando de ella primero al fraile, repartian entre sí lo demas. De esta manera anduvo mas de doscientas leguas, y cuasi en todo este camino tuvo noticia de una tierra muy poblada de gente vestida, y que tienen casas de terrado, y no solo de un alto, sino de muchos sobrados. Y otras gentes decian estar pobladas á la ribera de un grande rio á do hay muchos pueblos cercados, y que á tiempo tenian guerra los señores de los unos pueblos con los de los otros. Y que pasado aquel rio estaban otros pueblos mayores y de gente mas rica. Y que tambien por aquellas tierras habia vacas mayores que las de España, y otros animales muy diferentes de los de Castilla. Y que de aquellos pueblos traian muchas turquesas, las cuales con lo demas que está dicho habia entre aquella gente pobre, no que en aquellos pueblos se criasen, ni en aquellas sus tierras, sino que las traian de los otros pueblos grandes, á do iban á tiempos á trabajar y á ganar su vida, como hacen en España los jornaleros. En demanda de esta tierra habian ya salido muchas y gruesas armadas por mar, y ejércitos por la tierra, y de todos la encubrió Dios, y quiso que un pobre fraile descalzo la descubriese primero que otros. Y cuando trajo la nueva á esta provincia de México, al tiempo que la publicó prometieron los que la gobernaban que no la conquistarian por armas, como se ha conquistado cuasi todo lo que en Indias está descubierto, mas guardadas las condiciones y modificaciones que los doctores teólogos y canonistas determinan, y que así se les predicaria el Evangelio conforme al

Descubridor primero del Nuevo México.